



Entrega No. 36 CATÓLICOS TIBIOS

Apreciados lectores, buenos días, hacemos hoy un paréntesis en la serie que iniciamos sobre la historia del pueblo judío, para incluir un interesantísimo artículo del Padre Llano (qepd), sobre cómo enseñar y vivir la fe. En la siguiente entrega, retomaremos el tema que venimos tratando y hablará del "Tribalismo" en el pueblo judío

CATOLICOS TIBIOS

Undécimo volumen, Capítulo 14 – P/57 Libro "100 razones para hacer un alto en el camino"
Alfonso Llano Escobar S.J. Editorial Intermedio

Abundan los católicos tibios, por no mencionar los fríos indiferentes, católicos de nombre. Que los hay, los hay, y muchos.

- Es un hecho: los buenos católicos, entendiéndolos por tales los que viven su fe en Jesucristo, son pocos. No exagero si digo que los católicos tibios sobrepasan, con mucho, a los practicantes, los que no solo van a misa y comulgan con frecuencia, sino quienes inspiran su vida entera en la fe cristiana (que hacen de la fe una experiencia de vida). El resto, la mayoría, no pasan de responder mecánicamente, cuando son preguntados si son católicos: "soy católico, apostólico y romano", muy posiblemente sin entender lo que dicen o, mejor, lo que supone tal afirmación.

¿Por qué hay tan pocos católicos practicantes y convencidos? Lo sabrá Dios, reza la respuesta de cajón. Preguntémosle a Dios por qué y estoy seguro que nos responderá que es muy difícil creer en Él.

La fe es un proceso que admite grados, como todo proceso de aprendizaje de una ciencia, una disciplina, el amor. Se suele comenzar el aprendizaje de una ciencia o de un arte, por unos cuantos principios generales y fáciles, *luego viene lo duro*, la cuesta arriba, de leer, estudiar, entender y practicar. De forma parecida sucede con la fe, pero con un error de método. De todos modos, resulta difícil creer hoy día, "día del mundo fascinante de la imagen audiovisual (televisión, cine, revistas), de la ciencia espectacular (genética, química molecular, ingeniería electrónica), de la tecnología apasionante (computador, agenda electrónica, TIC).

- hoy día, lo espiritual, como la fe, lleva las de perder.

CREER ES ALGO ESPECTACULAR: *es ver con los "ojos" de Dios, es vivir con un volcán de amor dentro del corazón* (como los enamorados), *es funcionar con "alta tensión" y con alto voltaje*, funcionar en la vida diaria, vivida en profundidad y a todo pulmón.

- ESTA ES LA PERFECCIÓN DE LA FE, ESTA SU PLENITUD, como en el caso de san Pablo cuando exclamó: "para mí, vivir es Cristo". Pero hay que comenzar con el abecedario, con ideas, con fórmulas y conceptos, dogmas formulados hace siglos, *que les dijeron, mucho a los antiguos, pero que a nosotros no nos dicen prácticamente nada.*



PARROQUIA
NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO



AQUÍ YA SE DA UN ERROR DE MÉTODO. El proceso de iniciación en la fe, como preparación de unos niños para la primera comunión, no puede consistir en hacerles aprender y aceptar conceptos, dogmas o fórmulas que no les dicen nada, sino transmitirles el mensaje de fe con sencillas experiencias tomadas de la vida diaria.

Le aclaro: SE DA UN ABISMO ENTRE CONCEPTO Y EXPERIENCIA. El concepto es una idea abstracta, fría, inodora, insabora e incolora. Creo en Dios. Casi que no es creer. Si existe algo vital, algo que compromete y envuelve toda la vida, es la fe en Jesucristo.

- Creer no es aceptar formulas, sino que implica el fiarse de alguien, entregarse a alguien, pero teniendo en cuenta que ese Alguien es nadie menos que Dios. Inabarcable e inasible si pretendemos entenderlo, asirlo, tenerlo a la mano, pero accesible, aun para el niño, si queremos aceptarlo con sencillez, como habla el hijo de Einstein con su padre: de tú a tú.
- Creer es darme, es entregarme al que es infinitamente superior a mí, es dedicarse a servirle, presente en mis hermanos.

Aquí puede darse la dificultad de creer: la fe implica crecer en la experiencia de fe en Dios, en Jesús, Dios verdadero.

Más claro aún, si es posible. La experiencia puede definirse como la presencia del objeto en el sujeto, o viceversa, la de este en aquel. De todos modos, presencia mutua. Lo siento en mí y yo en él. Algo maravilloso cuando se trata, no ya de la experiencia de algo, sino de Alguien, de Dios.

Ahora bien: la experiencia debe crecer. Le pongo un ejemplo: dos esposos, que llevan cincuenta años de feliz matrimonio. Todo empezó con un flechazo, una mirada, una emoción. Ojo: empezó con una experiencia, no con una idea o concepto del otro. Se conocieron, se enamoraron, se casaron, convivieron, tuvieron su intimidad conyugal, triunfaron de todas las dificultades y vicisitudes propias de todo amor, y hoy viven felices, después de cincuenta años de vida matrimonial.

Algo parecido debe suceder en la vida de fe. Un primer encuentro, una experiencia que bien pudo ser la primera comunión. Pero, luego, tienen que seguir dándose experiencias, hasta llegar a la plenitud. Haga el ensayo y me dirá si vale la pena creer así.

Hasta la próxima, hermanos lectores, que Dios los cuide. Hernando Flórez Torres, Coordinador Pastoral familiar N. S. del Tránsito.